

CONSEJOS A LOS JOVENES

por Alberto Martín de Bernardo

Los buenos amigos

¡Tus amigos! Los mejores serán los que más te ayuden a conseguir tu ideal de cristiano y patriota; los que te acompañen en tus desgracias y fracasos fielmente, como una yedra que tienes presa en el corazón; los que te pulen los defectos, como un artista su obra.

Conozco a un joven que tenía un amigo un poco desviado del camino bueno. Antes había sido un excelente muchacho, con vida de ángel, fiel en sus principios de compañero, y un valiente apóstol de la A. Católica. Pero vinieron los huracanes y lluvias de la vida con riadas de amistades cenagosas y la luz del candelabro se apagó y humeó con estilencia. Aquel chico (como él mismo le confesaba a mi amigo) «se quedó como un castillo en ruinas, difícil de levantar».

Mi buen apóstol no se resignó a verlo así, y como sabía su anhelo de resucitar al antiguo esplendor del espíritu (¡qué misterio de lucha y de vida abúlica!), con cartas y consejos quiso levantar el castillo derruido. Llevaría mucho tiempo contarte el trabajo realizado, las estrategias inventadas, las batallas perdidas...

Pero al final, el pródigo hubo de rendirse al Padre Celestial que le puso en su conciencia la voz serena y angustiada de un buen amigo, para que él se levantara.

De esta raza son los amigos buenos. Con razón dice Stevenson que «un amigo es un regalo que uno a sí mismo se hace».

El buen amigo aconseja como un padre y alumbra como un sol. Búscate la compañía del trabajador y del honesto, del prudente y del piadoso, del que te sabe sufrir y del que te sabe poner cara seria cuando tu vida se sale del cauce marcado.

Quien te busque con desinterés, ése será buen amigo; pero esto no quiere decir que si alguna vez recurre a tu ayuda un compañero, su amistad sea innoble..., ¡no! Yo creo que eso es la confianza fraterna que nace de la buena amistad. Y si ésta nació de un acto de favor o de apoyo, piensa se deba juzgar como buena, por naciendo de aquello que «¡nobleza obliga!»

No tengas por molesto al amigo que de verdad te estima, y por eso te corrige. ¡Ese es el buen amigo! Cuando lo necesites, estará a tu lado; sin que quizás lo esperes, porque el «buen amigo es como la sangre, que acude a la herida sin esperar a que la llamen» (Quevedo). Dos amigos buenos son «como una ciudad fortificada».

Un pensador y poeta indio, Tagore, con unos versos incomparables pinta la buena amistad mutua:

«El que quiere hacer bien llama a la puerta, pero el que ama, la encuentra abierta...»

¡Dignaos de que los medites en tu interior! Aprovecha su lección para tus amistades.

¿Buen amigo? El que te ayuda a pensar, el que gime contigo, el que en tus triunfos se goza, el que se entrega a tu destino sin condiciones, el que te edifica y anima con su ejemplo, el que sólo desea tu bien, el que te ayuda en la necesidad (sin herir susceptibilidades, porque lo hace con caridad de hermano) el que te defiende en la calumnia y tiempos adversos, y el que se sacrifica por tí. Ese es el buen amigo..., el verdadero amigo, que la Escritura Sagrada compara con un tesoro del que lo encuentra.

La amistad nace del trato y vive de una comunicación recíproca. Pero aquí te advierto tengas mucha atención. «La amistad —dice San Francisco de Sales— requiere que haya alguna especie de comunicación. Y según las diversas comunicaciones, son las amistades.

Si los bienes que se comunican son engañosos y vanos, vana y engañosa es la amistad; si son verdaderos, es verdadera..., y cuanto más excelente, tanto más excelente será la amistad».

Ya sabes la regla. ¿Qué te comunican tus amigos?... ¿Más bien, te «roban»? ¡No los admitas en lo sagrado de tu intimidad virgen! Profanarán el santuario de tus secretos, y enturbiarán la fuente limpia de tu juventud, para convertirte en un charco más.